El hombre del puerto

NEFELIBATA

Otros libros de la autora
en Duomo ediciones:

Arena negra
La lógica de la luz
La cuesta de los Saponari

Cristina Cassar Scalia

El hombre del puerto

Traducción de Montse Triviño

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

Para Giulio, un tesoro de sobrino

¿Qué es la vida, si no dedicas un momento a pensar en ella?

GOLIARDA SAPIENZA, *Il vizio di parlare a me stessa*

1.

La mañana prometía. El sol acababa de asomar tras el horizonte y la piedra volcánica de los edificios y las calles de Catania empezaba a absorber el calor de los primeros rayos. La silueta del Duomo se recortaba contra un cielo límpido, tan azul que contrastaba contra el gris y el blanco de la cúpula. Mattia caminaba ligero por la calle Etnea, con las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros y los hombros encogidos bajo la trenca verde abrochada hasta la barbilla. El aire fresco le azotaba el rostro soñoliento, surcado aún por las marcas de la almohada. Primero un pie, luego el otro, con la mirada clavada en el empedrado. Esta vez no lo iba a conseguir, era inútil engañarse. Tres asignaturas en dos meses tal vez fuera un objetivo factible para sus compañeros, cuya única ocupación era estudiar medicina a tiempo completo, pero desde luego no para él, obligado a deslomarse todas las noches en un *pub* para llegar a fin de mes.

Absorto en sus cavilaciones, estuvo a punto de estamparse contra *'u Liotru*. Levantó la vista hacia la estatua y saludó con un gesto al majestuoso elefante que todos los días le daba la bienvenida a la plaza de piedra de la ciudad. A aquellas horas de la mañana, el cruce de la calle Etnea con la calle Vittorio Emanuele estaba prácticamente desierto, pero los bares ya habían levantado la persiana. Mattia entró en el de la esquina y pidió un café doble.

El hombre que estaba detrás de la barra se lo sirvió.

—¿Un cruasán? ¿Una *raviola*? —le ofreció.

—No, gracias.

—¿Un iris recién hecho?

Mattia negó con la cabeza.

El hombre, sin embargo, no se dio por vencido.

—Pues un bollo, entonces. Aún están calentitos.

Tanto insistió que al final lo convenció.

Con el bollo en la mano, Mattia siguió su camino. Aminoró la marcha al llegar a la fuente del Amenano, conocida entre los cataneses como *acqua a linzolu*, o agua en sábana, por la forma en que brota el río subterráneo homónimo y cae desde lo alto formando una cascada tan fina que parece una sábana de agua. Es el único punto en que el río sale a la superficie; luego vuelve a sumergirse de inmediato en las entrañas de la ciudad.

Mattia siguió el curso imaginario del Amenano, que lo llevaría directamente a su lugar de trabajo, un local con una sala de lo más sugerente excavada en el lecho mismo del río. Atravesó la Pescheria, el histórico mercado de pescado de Catania, que ya a aquellas horas era una algarabía de voces y puestos que se preparaban para recibir a los primeros clientes del día; luego se adentró por las callejuelas que llevaban al local y llegó a la plazoleta situada frente a la entrada. Estaba desierta, lo cual era lógico tan temprano. La puerta lateral, en cambio, estaba entreabierta. Mattia se acercó y de repente se encontró delante a Elettra. El *pub* tenía dos propietarios y Elettra era su preferida.

Tenía los ojos medio cerrados y parecía aún más adormilada que él.

—Mattia, ¿qué haces tú aquí a estas horas?

—Hola, Ele. Ayer se hizo más tarde que de costumbre, me quedaba todavía un tema por estudiar y le pregunté a Sergio si podía terminar hoy por la mañana la limpieza de la gruta.

Sergio era el socio de Elettra.

—¿Tienes las llaves? —quiso saber la chica mientras se abrochaba el abrigo.

De día trabajaba como maestra en una guardería de Acireale.

—Sí, claro, tengo la de la entrada lateral, así bajo directamente a la gruta.

Elettra cerró la puerta tras ella y lo precedió. Tenía la moto allí al lado.

—Vale, Mattia, pues que vaya bien —dijo, al tiempo que se agachaba para quitar la cadena de la rueda.

Mattia se la quedó mirando embobado. Luego, se reprendió a sí mismo: «Pero mira que eres lerdo... Llevas seis meses que no dejas de pensar en ella ni de noche ni de día, ¿y no eres capaz ni de entrarle?».

—¿Me has oído, Mattia?

Bajó de las nubes.

—¿Eh?

Elettra parecía enfadada.

—Que cómo es que está abierta la puerta.

¿La puerta? ¿Qué puerta? Ah, sí, la del... Pero si no está ab...

—Qué raro —dijo Mattia, perplejo.

—¿No se te olvidaría cerrarla anoche?

—No, no. Salí por la entrada principal. Luego, ya no sé qué pasó, pero me parece raro que Sergio se la haya dejado abierta, con lo meticuloso que es.

Empujó la puerta y entró. Elettra dejó la moto y lo siguió. Bajaron por los escalones de piedra volcánica y encendieron la luz, deliberadamente tenue. En la primera sala aún estaba todo sin recoger, tal y como lo había dejado Mattia. Bajaron los últimos escalones para llegar a la salita con la auténtica gruta, aquella por la cual fluía el Amenano. Allí solo había tres mesas.

—Huele raro —comentó Elettra.

Mattia asintió, porque él también lo había notado.

Cuando uno se acercaba a la gruta, el aire húmedo y viciado potenciaba los olores, pero aquel en concreto era muy raro. Como dulzón.

Mattia encendió las luces y se topó con una imagen, iluminada por los minúsculos focos repartidos por el lecho del río, que no olvidaría jamás.